

tierra y se reconocían los parajes. Pasó esta nao a vista de la bahía de las Vírgenes. Este día, a cinco de el dicho, reconoció la isla de Cenizas, que la nao almiranta había visto y reconocido como ya lo dijimos arriba; y aquí tomó más fuerzas el viento norueste y con él se hizo travesía a la isla de Cerros; y el día siguiente, por la tarde, surgió esta nao capitana en el sitio y paraje donde habían estado para hacer el agua y tomar leña; y aquí algunos de los marineros habían cobrado, con la mudanza de los temples, algunas fuerzas; y así se animaron todos a ir a tierra y traer agua y leña y el general salió con la gente a siete de el dicho y tomaron agua y leña y dejaron señas y escritos en tierra de la isla, para que si la fragata llegase allí, por ellos supiese de la capitana y supiese adonde la hallarían; y hecho esto se apercebieron para en habiendo tiempo partirse de allí, e ir en demanda de el Cabo San Lucas. A nueve de el dicho domingo por la mañana salió esta nao capitana por entre las islas, dejando por reconocer la ensenada y brazo de mar que reconoció la fragata, cuando el padre fray Antonio fue en ella (como se dijo), y habiendo salido de entre ellas el piloto mayor, con el viento a popa, por atajar camino, se apartó de la tierra y fue en demanda de el Cabo de San Lucas y llegó a reconocerle muy cerca de él, a catorce de el dicho mes, viernes a mediodía. Aquí entró el general en consejo y salió de acuerdo en que no entrasen en la bahía de San Bernabé, ni en la boca de la California, sino que pasasen a las islas de Mazatlan, tierra de la Nueva Galicia y de Cristianos y que allí aguardarían el tiempo que tardase en ir y venir a Mexico, por tierra, un correo a la ligera, para avisar al virrey de su llegada allí y de su trabajo y que mandase su excelencia lo que fuese servido, que sólo su mandato y orden le guardaría y cumpliría, como su excelencia fuese servido. Con este acuerdo y parecer atravesó la nao capitana la boca y brazo de la California y entró esta nao en el puerto de la isla de Mazatlan, lunes en la noche, que se contaron diez y siete días del mes de febrero, y el día siguiente se amarraron con la nao en el sitio y parte que pareció convenir más al sosiego de ella y a la comodidad de la gente, para poder ir y venir a tierra; y en él pasó lo que en el capítulo siguiente se dirá.

CAPÍTULO LVII. *En el cual se trata de lo que sucedió a esta nao capitana en este puerto de Mazatlan, y de la salida de él y de cómo entró en el puerto de Acapulco*



UEGO COMO LA NAO CAPITANA TOMÓ PUERTO en estas islas de Mazatlan, para dar aviso a la gente de la tierra firme, no supo el general qué orden se podía dar más conveniente, que salir él, en persona, con cinco soldados de los que él sintió con más fuerzas, a tierra, y con ellos acompañado llegarse a la villa de San Sebastián, que estaba casi ocho leguas, la tierra adentro; y así, a diez y nueve de el dicho, luego de mañana, fueron los cinco soldados con el general a tierra; y como nadie sabía a

qué parte podía la villa estar, sin camino ni senda, entraron por entre una grán espesura de árboles, perdidos, y así lo anduvieron dos días, que padecieron harta necesidad de sed y hambre; y lo que más les fatigó fue el gran sol que allí entonces hacía; y como los soldados iban algo enfermos y estaban algo flacos se vieron en mucho riesgo; mas andando de una parte a otra encontraron con un camino ancho, el cual iba a dar a Culiacan; y entrándose en él le iban siguiendo sin saber a qué parte fuese a dar; y estando tomando un poco de alivio a la sombra de unos árboles, sintieron un ruido de cencerros y campanillas y reparando en él tendieron la vista por todas partes y vieron venir una recua de mulas que pasaba con bastimentos de cosas de Castilla a Culiacan; aguardáronla, y preguntando a el arriero, qué camino era aquel, dijo era el que queda dicho; y preguntándole por la villa de San Sebastián y en qué parte residía el alcalde mayor de aquella comarca, él se ofreció a llevarlos adonde estaba, y descargando la recua les remedió la necesidad que llevaban y les dio mulas con que fuesen donde él les guiase. Cerca de allí había un pueblo donde el alcalde mayor estaba, y halló que lo era un grande amigo y conocido suyo y de todos los soldados y capitanes, que en la nao venían, que era el capitán Martín Ruiz de Aguirre; y como se conocieron le dio el general larga cuenta de su necesidad y trabajo para que acudiese a remediarla; mandando se le diesen bastimentos de pan, gallinas, terneras y cabritos y de otras cosas, por el tiempo que la nao hubiese de estar allí; y que le diesen un hombre diligente y cuidadoso para que, con la brevedad posible, fuese con cartas a Mexico para el virrey, para darle aviso de su llegada allí y de la necesidad en que quedaban; pues solos los cinco, de cuantos hombres en su navío traía, eran los que estaban con salud, que todos los demás se iban muriendo a gran prisa. A todo lo que se le pidió acudió el dicho capitán Aguirre, con sumo cuidado y diligencia, que si él no acudiera, como acudió y el general no lo solicitara tanto, sin duda toda la gente acabara en este puerto, y el navío quedara sin gente y sin quien mirara por él; y así, desde luego, el general hizo se llevase algún refresco a los de la nao, como fue de gallinas, pollos, cabritos, pan y frutas de papayas, plátanos, naranjas, limones, calabazas y eruces, chile, y que de estas cosas, por lo menos, se llevasen cada tercer día ocho o seis cargas, para que con esto la gente se reformase y comiese el tiempo que allí estuviesen y fuesen guardando para tener con que sustentarse hasta el puerto de Acapulco, en lo cual no hubo falta alguna, y se dio orden en despachar a Mexico el correo y dentro de tres días le despachó el general a las veinte leguas.

Por lo que queda dicho en los capítulos pasados y por lo que en éste hemos tocado, cualquiera podrá entender cuál llegaría toda la gente que en éste navío capitana venía cuando entró en este puerto de estas islas de Mazatlan, que cierto es cosa increíble lo que acerca de esta materia se podría decir con toda verdad; y así, sólo diremos que de la misma enfermedad, de que tratamos, venían todos tullidos y enfermos y tan hinchadas las encías de la boca que ni hablar ni comer podían; cuando aquí llegaron venían todos muy peligrosos, y como la enfermedad era tan pestilencial y

enconosa ninguno pensó cobrar salud perfecta en su vida, si no fuese a costa de muchas curas y medicamentos, por verse todos tales cuales dijimos, solía poner y ponía en esta enfermedad a los que de ella se sintieron tocados y heridos. En el navío no se oían, cuando aquí llegó, sino gritos y exclamaciones a Nuestra Señora, que fue la patrona y amparo de este viaje; y así ella, como madre piadosa, se compadeció de tanta gente y acudió de suerte que en diez y nueve días, que la nao aquí estuvo, cobraron todos salud y fuerzas y se levantaron de las camas; de suerte que cuando de aquí salió esta nao podían ya acudir a marear las velas y a gobernar el navío y a hacer sus guardias y centinelas, como lo hacían, cuando en el dicho puerto estuvieron, cuando por allí pasaron, por fin de el mes de mayo de el año pasado; y porque mejor se conozca cómo la salud fue venida de tales manos, como de las de nuestra señora la virgen María de el Monte Carmelo, sabrán los que esta relación leyeren que no hubo medicinas, ni drogas de boticas, ni recetas, ni medicamentos de médicos, ni otro remedio humano, que se entendiese ser medicamento y medicina contra esta enfermedad; y si algún remedio humano hubo fue, el uno, el refresco de las comidas frescas y sustanciosas que aquí se les dio de las cosas que hizo proveer el general (como queda dicho), y en comer de una frutilla que se halló en estas islas, de que hay mucha abundancia, que los naturales de allí llaman xocohuitztlés. Es una frutilla como manzanillas amarillas largas y nacen de unas yerbas que tienen las hojas y el parecer como ni más ni menos lo es la que en la Nueva España, en tierra caliente, dan las piñas a modo de zabila, sino que en lugar de las piñas, echan enmedio un cogollo o tallo, que será de una vara de alto, y este cogollo se arrima un grande número de estas manzanillas como si fuera un ciprés y casi la fruta de la hechura de nueces de ciprés y es amarilla. Ésta se monda y quita aquella cáscara amarilla y dentro queda la carne, como la de una tuna blanca, con sus pepitillas, algo mayores que las de las tunas; tiene un sabor gustoso y apetitoso y es dulce, con una punta sabrosa de agrio; y a esta frutilla le dio Dios tal virtud, que deshinchó las encías y apretó los dientes y los limpió y hizo echar por la boca toda la mala sangraza que en las encías hinchadas se había recogido; y a dos veces que uno comía de ella le ponía la boca y los dientes en disposición de poder comer sin trabajo, ni dolor, de cualquier otro manjar. El modo como se conoció la virtud de esta fruta fue que saliendo algunos soldados a la isla, con el padre comisario a decir misa y enterrar unos difuntos, un cabo de escuadra llamado Antonio Luis, como vio la frutilla, con ánimo de probar cosas de tierra, comenzó a partir y comer de ella con grandísimo trabajo y dolor de la boca, dientes y encías; y como sintió buen gusto en ella, comióse una como pudo, y luego comenzó a echar por la boca mucha sangre podrida; y cuando metió otra en la boca sintió que los dientes no le dolían tanto y que la podía mascar mejor; y así fue en aumento la mejoría, mientras más comía; y cuando vino al navío contó lo que le había pasado con la frutilla y trajo alguna consigo que repartió con sus amigos, y todos se hallaron con la mejoría que su amigo se hallaba; y así acudieron a la isla a

traer de ella y a comer todos de ella; y con esto, quando el general vino de tierra halló cómo algunos podían ya comer; y así les entró en provecho el nuevo sustento que cada día se les traía; y con sólo estas dos cosas sanaron todos y cobraron salud, dentro de diez y nueve días. De esta frutilla se sustentan los indios de guerra de aquella provincia de Acaponeta y Chametla, tierra de la gobernación de la Nueva Galicia, en este tiempo que dura ella y la suelen asar y cocer los indios, que dicen es más sana y más sabrosa. Viendo el general la salud que todos en tan breve tiempo habían cobrado, hallándose sin calafates y con poca gente, dio orden en que se fuesen al puerto de Acapulco, para allí aderezar el navío y tomar nueva gente y nuevas vituallas para tornar a la California, si el virrey así lo ordenase y si no, que tendrían acabado el trabajo de su navegación, que era lo que todos deseaban; y así, tomando los bastimentos que parecieron ser necesarios, salió esta nao de estas islas, que fue a nueve de marzo, con viento bonancible; y el piloto mayor tomó la derrota para el puerto de Acapulco, pasando por cerca de el cabo de Corrientes y a vista de el puerto de la Navidad; y de aquí fue costa a costa, hasta llegar a reconocer el puerto de Acapulco y entró en él el día de San Benito Abad, que fue a veinte y uno de el mes de marzo de el dicho año de mil seicientos y tres años.

*CAPÍTULO LVIII. De lo que se hizo en este puerto de Acapulco y de lo que sucedió a la nao almiranta hasta llegar a él, y de lo que sucedió a la fragata y de el despedimiento de la gente y venida a Mexico*



UANDO LA NAO CAPITANA LLEGÓ al puerto de Acapulco quedó toda la gente de él admirada de ver cuán sana y buena venía la gente de ella; porque entendían no volvería otra vez al puerto, que todos los que en ella venían y habían quedado en el puerto de Monte-Rey, sin duda habrían muerto, según la relación que los que habían quedado con vida en la nao almiranta habían dado; y sin duda fuera lo propio, si no hubiera sido la vuelta tan breve, y si no se hubieran reformado en las islas de Mazatlan, como se dijo en el capítulo pasado, a la nao almiranta lo que le sucedió, desde que salió del puerto de Monte-Rey hasta llegar a el dicho puerto de Acapulco, donde la halló la capitana. En el viaje le sucedieron muchos trabajos e infortunios, porque le enfermó casi toda la gente sana que traía para gobernar el navío y marear las velas, y así de los que enfermaron, como de los que allá venían enfermos, murieron todos y solas tres personas de las que en él venían quedaron con salud; porque murieron en la mar y otros en el hospital del dicho puerto; y los que llegaron con salud fueron el almirante Toribio Gómez de Corván y un cabo de escuadra, gallego, llamado Francisco Vidal y un soldado, llamado Juan de Marchina; y si el almirante no fuera hombre de valor y brío y de mucha experiencia y curso en cosas